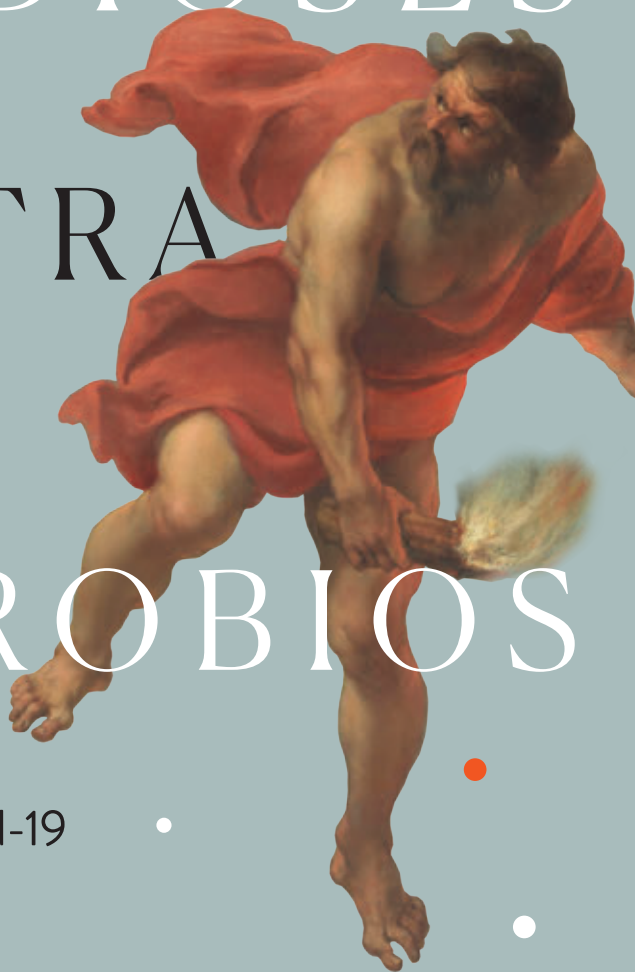


ALEJANDRO GÁNDARA

DIOSES  
CONTRA  
MICROBIOS



Los griegos y la Covid-19

*Ariel*

Alejandro Gándara

# DIOSES CONTRA MICROBIOS

Los griegos y la Covid-19

*Ariel*

Primera edición: octubre de 2020

© 2020, Alejandro Gándara Sancho

Derechos exclusivos de edición en español:

© Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

[www.ariel.es](http://www.ariel.es)

ISBN: 978-84-344-3298-7

Depósito legal: B. 14.972-2020

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com)

o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

## METAMORFOSIS, ZONA CERO

Desde las ventanas del salón, veo salir del portal de enfrente a un hombre con Corea de Huntington. Está ahí puntualmente a las diez de la mañana. Se queda pegado a la pared junto a la puerta del estanco una media hora. A veces inquieta a los clientes con algún movimiento espasmódico que le sacude el cuerpo de arriba abajo, una especie de danza eléctrica que cesa de pronto. He leído que estos enfermos tienen la sensación de que el suelo se mueve bajo los pies y su extraño baile no es más que un intento de preservar el equilibrio que se ha desvanecido en sus cabezas.

Hoy se cumplen 25 días del confinamiento decretado por el Gobierno español por causa de la pandemia de coronavirus. Vivo en una calle de Madrid del barrio de Chamberí, amplia, bordeada de acacias en las que empiezan a verse los primeros retallos, ya bien entrado abril. Estoy con mi mujer y mis dos hijas pequeñas de 10 y 7 años, cuyos cumpleaños se celebraron en este confinamiento.

Lo llevan bastante bien. Mi mujer teletrabaja y mis hijas, que tres días a la semana reportan con sus maestras por videoconferencia, siempre han sido niñas muy hogareñas, quizá un poco adictas a la reclusión voluntaria y a un ritmo de vida parsimonioso. No hay estrés en esta casa. De modo que no me ha quedado más remedio que aportar yo la dosis necesaria para que esto parezca un hábitat humano, un lugar homologable de civilización.

Desde los 40 años siempre he trabajado en casa, y en los diez años anteriores, a tiempo parcial. Me he considerado afortunado, pues la ventaja de trabajar en casa es notoria para todo el mundo, aunque también lo son sus desventajas. A estas se les puede hacer frente, desde luego, con un orden que suele consistir en un sistema de equilibrios precarios y sutiles, pero inalterables en la medida de lo posible. En mi caso, el orden consta de tres elementos: no acostarme sin saber lo que voy a hacer al día siguiente, seguir los horarios prescritos y hacer deporte al aire libre durante al menos una hora.

Bien, de estos elementos, que se ramifican en otros tantos hábitos mentales, el confinamiento me ha arrebatado los tres. Es difícil planificar el día próximo con dos niñas en casa, pues todo depende de su capacidad para entretenerse por sí solas, de las ayudas que precisan para los deberes escolares, de sus cambios de humor y de cosas por el estilo, de muchas cosas por el estilo. Con la madre, sucede que su teletrabajo es intensivo, un tanto anárquico y siempre sujeto a plazos y ocurrencias creativas, con lo que las rutinas padecen una oscilación horaria regida estrictamente por la ca-

sualidad. Y, por último, el confinamiento proscribire salir a la calle y a las zonas comunes de los inmuebles para hacer deporte. He intentado correr en casa, como triste sucedáneo, pero abajo hay un vecino enfermo al que le molesta el traqueteo de mi poderosa zancada, así como los temblores de la lámpara que pende sobre su cama.

En fin, los equilibrios se han venido abajo y observo al enfermo de Huntington, su perseverancia y su puntualidad, su dificultad probablemente creciente, aguantando a pie firme en la jamba del estanco, y me produce ternura y admiración. Esa pelea por un equilibrio que pierde a cada instante.

En mi situación, hay que buscar nuevos equilibrios, de acuerdo. Pero quizá antes haya que admitir y convencerse de que la vieja armonía se ha perdido irremediablemente. Es el intento de repetición de lo que ya no es factible, es el deseo de que la vida no cambie, cuando lo cierto es que todo ha cambiado, la causa de la desorientación. La causa finalmente de una melancolía que puede llevar a destinos más adversos. Los tristes sucedáneos con que alimentamos la ilusión de que nada ha cambiado son efectivamente tristes y nos proporcionan tristeza. Nada más.

Por otra parte, ocultan un daño insensible: niegan la realidad del presente, niegan lo que es real, niegan que todo ha cambiado y afirman que un confinamiento es la misma vida pero por otros medios. Al hacerlo, muestran el horizonte del delirio y de la desconexión con los otros y con las cosas.

Resumiendo, no se trata de un cambio de circunstancias. Se trata de que es otra vida.

Pienso en ello con una ironía algo sangrante. Durante años o siglos he enseñado pensamiento antiguo y he mostrado la importancia de conceptos como el de metamorfosis o de rito, con los que el mundo de otro tiempo adquiriría conciencia de que las cosas cambian y de que hay que hacerlo saber. Un tiempo en el que el paisaje cambiaba mucho. Pestes, hambrunas, guerras..., sucediéndose como en un tiovivo. Una época de prosperidad no era propiamente una época, sino un milagro. Un ateniense de finales del siglo v de 50 años de edad había participado en tres guerras, había visto a la peste diezmar su ciudad, había sufrido la invasión y la reducción a escombros de Atenas, y conocía la escasez y el hambre dentro de un repertorio cíclico y garantizado. Pero no hay que irse tan lejos: un occidental de la misma edad a mediados del xx había conocido dos guerras mundiales (un cálculo intermedio arroja un total de 90 millones de cadáveres), una epidemia de gripe con todas las secuelas que quepa imaginar (en España dejó 260.000 muertos y 50 millones en el mundo), más crisis económicas de toda clase y condición.

El mundo cambia. Nosotros debemos cambiar con él. No basta con aceptar que las cosas han cambiado y ni siquiera basta con adaptarnos a los cambios: nosotros debemos cambiar. Puedo adaptar mis hábitos durante el confinamiento a las nuevas circunstancias y correr dentro de casa o hacer pilates; puedo renunciar a dar clases presenciales y darlas con alguna herramienta de videoconferencia; puedo adaptarme a escribir solo a las horas en que eso sea posible dentro de las oscilantes obligaciones familiares. No significa nada. Si hago ejercicio, doy clase y escribo con la antigua tensión, con la

disposición y las metas anteriores al virus, sigo manteniendo en mi interior la vida que ha cambiado en el exterior.

El estrés aumentará, además, porque las condiciones en que realizo esas actividades son mucho menos adecuadas que antes. Se expandirá por el alma y por la casa, y el infierno del sinsentido se servirá en bandeja.

### *metamorfosis antiguas*

La noción de metamorfosis en el mundo antiguo es un concepto sutil y polifacético. También esconde una metáfora y una lección.

En la creación por la palabra del Génesis 1 del Antiguo Testamento, la metamorfosis está inoculada no solo en las criaturas, sino también en el orden general de la Creación. La tierra y el mar esconden monstruos: Behemot, Leviatán, toda clase de sierpes que se arrastran por el suelo... ¿Qué es un monstruo? La metamorfosis del orden. Un reverso de lo que somos capaces de imaginar o soportar, lo inadmisibile, lo que repugna a la sensibilidad, lo que apartamos de la vida. Pero no andan tan lejos de nosotros. De hecho, han sido creados para que actúen como espejo humano, respecto de la medida humana, a la que ponen en cuestión como canon de la naturaleza. Sin nuestro sistema de magnitudes y nuestro orden y nuestra sensibilidad los monstruos no habrían sido creados. En realidad, sin ellos tampoco existen. No los veríamos. No los vemos. Cuando perdemos nuestra condición de humanos, somos ciegos. Nos hemos quedado sin medida, hemos perdi-



do la sensibilidad, el orden de referencia, y entonces los monstruos se pasean ante nuestros ojos sin que nadie lo advierta. Son nuestra metamorfosis.

El Dios del Génesis no solo crea monstruos, también puede generar posibilidades monstruosas. Son las que afectan a la Creación en su totalidad, y están ahí desde el principio, desde el *bereshit*. Desde que se originó todo. La Tierra flota en las aguas siderales inferiores, y por encima Dios la protege de las superiores mediante el firmamento: el Hacedor lo ha labrado a golpe de cincel. Es transparente, por eso cuando miramos hacia arriba vemos el color azul de las aguas. Pero el firmamento no es una gran cúpula uniforme, sino que está formado por dos compuertas. Si se abrieran, las aguas inundarían la Tierra.

No tardará en pasar. Dios, irritado con la Humanidad, enviará el Diluvio. Seis capítulos después de haber creado el mundo, unas pocas páginas más allá. No ha esperado mucho. La razón es sencilla: las cosas no esperan mucho para cambiar, el orden de las cosas es precario y dispuesto a mudar en cualquier momento. Dios es también una metamorfosis, es un actor que cambia de pensamiento y de registro según el guion que le entregan.

Como ha mudado esta calle de Chamberí, sin cambiar aparentemente de semblante. Ahora es un monstruo. En la manzana de enfrente hay un estanco, dos restaurantes, una farmacia, una tienda de aparatos de musculación, una frutería. En el estanco suele haber un par de clientes haciendo cola. En la farmacia alguno más y de forma más continuada. Durante años, han sido sitios que veía por la ventana y que he visitado.

Existían por sí mismos, tenían su propio aliento de vida. Ahora, sin embargo, son una presencia en mi hogar. Están *dentro*. No son un decorado, ni lo que se ve por la ventana, ni respiran por su cuenta. Yo los miro igual que miro a las dos tortugas del acuario, el estado del suelo de madera, alguna humedad que podría descontrolarse. Me dan la temperatura del bienestar, me hacen señas por si hubiera algo a lo que prestar atención, que recomponer.

Lo cierto es que mi calle ya no es una calle. Ni siquiera tiene peatones suficientes, ni tráfico, ni anuncia cambios de temporada en los escaparates, ni ensaya luces nuevas o produce altercados o reconciliaciones o tertulias en una terraza. Es como una gran ciudad debajo del mar, una de mis pesadillas favoritas y, al parecer, también de Hollywood. Fue construida para algo, para un sistema de vida, y ahora es simplemente una de las caras del temor o de la amenaza. Ya no está habitada por la humanidad, que ha renunciado a ella. En ese sentido es un monstruo y también en ese sentido se parece a la Creación divina. Hay un reverso, una contramedida, un espejo deformante que siempre estuvo ahí. ¿Llegará un momento en que el monstruo sea considerado una presencia tan normal como antes lo era una madre con su carrito de bebé?

Ayer, a última hora de la tarde, un hombre de mediana edad con aspecto de ejecutivo iba a pie por el carril bici en dirección al centro. Caminaba pensativo, no sé si especialmente preocupado, aunque no me lo pareció. Llevaba las manos en los bolsillos del abrigo. Se me ocurrió que corría peligro de atropello por algún reparador de Glovo o de Uber o cualquier otro. Después,

calculé que la frecuencia de paso de las bicicletas por su carril es muy baja y que el ejecutivo tendría tiempo de ponerse a salvo. ¿Él ya lo había pensado? En todo caso, ¿por qué se había puesto a pasear por el carril bici teniendo las anchas aceras de un bulevar a su disposición?

Se me ocurrió que era una forma personal de expresar simbólicamente la distorsión. Nadie hacía ya los caminos habituales y, si los hacía, no encontraba los hitos, las referencias o las circunstancias predecibles. Necesitaba verse a sí mismo alterando un orden que antes habían alterado para él. Necesitaba un conocimiento sensible, una experiencia en carne propia de lo que es un cambio radical. Si nuestra carne no habla y no siente cuando se produce una metamorfosis, entonces es que nos hemos protegido contra ella, que impedimos su entrada en la conciencia.

A veces, tenemos que ser nuestros propios monstruos para darnos cuenta de que los monstruos existen. Porque muchas veces no queremos creer en ellos. Porque muchas veces los monstruos somos nosotros.

Hoy, durante toda la mañana, he visto a más gente caminar por el carril bici cargada de bolsas de la compra, paseando al perro o yendo con el carrito al gran supermercado de la glorieta que hay un kilómetro más arriba. Es una procesión absurda y me dan ganas de darles un grito y preguntarles por qué lo hacen.

Los griegos antiguos y arcaicos, a diferencia del Génesis, consideraron que las metamorfosis formaban parte de un tipo de experiencia personal, quizá íntima. La palabra *experiencia* para ellos tiene un significado más radical que para nosotros: es lo que deja huella.

Nuestra palabra equivalente en la actualidad, empírico o empirismo, no tiene ni de lejos el eco que tiene la griega. Salvo que la utilice un político con su habitual desparpajo, su campo semántico es el científico.

Hay catástrofes externas y hay catástrofes internas. Suelen estar relacionadas, aunque no siempre. Si uno no está dispuesto a aceptar y a asimilar que las cosas han cambiado, el daño se lo produce uno mismo, y es independiente de lo que suceda afuera. Generalmente, quien no acepta los dolores de la vida, se produce a sí mismo uno que es de su exclusiva propiedad y responsabilidad.

Aunque no lo parezca, a esas manifestaciones internas, desbordantes, desconcertantes, hubo gente que las llamó dioses. Son esos griegos, precisamente, que, a partir del siglo VIII a. C., fueron dejando su testimonio por aquí y por allá. No tenían mucho sentido del pasado y mucho menos aún del futuro, de modo que lo que nos queda de ellos es lo que han querido el azar y la furia destructiva de los sátrapas y de los imperios.

*qué es un dios*

No es tan complicado como parece. Un dios, para un griego, no es más —ni menos— que el sentimiento de que el ser interior e individual produce de vez en cuando en situaciones críticas una fuerza que es superior a él. Por ejemplo, cuando uno se enamora es arrastrado a las turbulencias de sus propias emociones, de sus deseos y sospechas, de sus fantasías, sin que haya forma de controlarlas, someterlas. Uno no es dueño de lo que en él mismo se origina. Soy yo el que se enamo-

ra, sin embargo, el amor que yo he generado es superior a mí. ¿Hay, por tanto, una fuerza exterior que me ha inculcado el amor?

Hay gente que en momentos de desesperación es capaz de levantar un coche en vilo para salvar la vida de un hijo. Ignoramos de dónde sale semejante vigor. A muchas personas el pánico las paraliza. Esa también es una fuerza, aunque negativa. Es un poder propio y ajeno. Sale de dentro y se manifiesta como superior al sujeto.

Nos transformamos, de repente. Pero no tenemos explicación para la energía que se ha desplegado desde el interior. Como no lo podían explicar, los griegos hablaron de lo divino. Su poesía creó panteones. Sus poetas inventaron el hexámetro, la lengua en la que hablan los dioses. La lengua en que se canta a los héroes inmortales, pues el héroe es cantado en la lengua de los dioses. Por eso su fama es imperecedera.

Por si no quedaba claro de qué iba el asunto, también los dioses se transformaban con cierta asiduidad, de ese modo muestran la naturaleza de los acontecimientos que nos desconciertan. Ahí está Zeus, toro, cisne, lluvia, figuras arrancadas a imagen de su deseo; Atenea en cuerpo de Néstor o de Mentos, aconsejando a Telémaco y a Odiseo en su regreso a Ítaca; Dafne convertida en laurel ante el acoso de Apolo.

Y así, Agamenón achaca su furia contra Aquiles a una erinia enviada por Zeus; Paris, acobardado ante Menelao, es rescatado por Afrodita; y también Afrodita sujeta la mano de Aquiles cuando este quiere responder con su espada a la afrenta pública de Agamenón.

Las metamorfosis no son únicamente un motivo literario, sino que suministran un concepto fundamental para la comprensión de los enigmas y las dificultades de la vida. Así lo entendió Ovidio, a quien debemos no solo la recopilación, sino sobre todo el legado de una tradición que hacía de las transformaciones, del cambio y de las vueltas que da el mundo el principio central de la sabiduría de la existencia. (*World upside down*, decían los ingleses del siglo xvii: el mundo siempre está patas arriba. Y qué decir de nosotros los contemporáneos: salimos de una crisis para entrar en otra, y siempre ponemos cara de sorpresa.)

La cuestión, por otro lado, es sencilla. No podemos seguir siendo los mismos. Quizá hagamos las mismas cosas, puede que incluso el núcleo del carácter permanezca inalterable, pero a condición de que revisemos nuestra jerarquía de valores, nuestros métodos de conocimiento, el lugar que ocupamos entre los otros. No se trata únicamente de que las circunstancias hayan variado. Se trata de que la metamorfosis es una estructura de la vida que se presenta como una exigencia.

Hay una ocasión extrema que inevitablemente interroga nuestras creencias y a lo más profundo de la identidad. Tiene lugar cuando nos enfrentamos con la muerte, cuando la vida está en juego, cuando, como los héroes antiguos, la desafiamos. No hay otra definición de héroe: héroe es el que desafía la vida. En consecuencia, todos estamos llamados a ser héroes si aceptamos el desafío. Y una vez que se acepta, se acepta también que vamos a cambiar, que seremos distintos y que eso conlleva dolor. Por tanto, el héroe conoce la muerte tanto como las transformaciones de la vida. No

es un tipo con superpoderes, ni un atleta consumado, ni un miembro del club de los seres extraordinarios. Su talento es mucho más sencillo y mucho más difícil de adiestrar. Desafía la vida conscientemente y acepta las transformaciones que se derivan. Y en el fondo de su corazón sabe que él no puede hacer otra cosa, porque sencillamente las cosas son así.

Una tradición filosófica y literaria de la antigua Grecia hace que el arte y el conocimiento solo puedan obtenerse tras el viaje al Hades. A ese reino, donde ni los dioses se aventuran, bajan el cantor Orfeo y el artero Odiseo. Pero también baja Parménides, el filósofo de Elea, y antes y después de él todos los que profesaron las doctrinas pitagóricas. (También bajamos nosotros cuando lo que amamos nos abandona o nos separan de ello.)

Orfeo, que movía con su música las rocas y los árboles, bajó al reino de la muerte en busca de Eurídice, tras haber calmado al fiero Cerbero con sus acordes. Como se sabe, la aventura no salió bien. Pero a su vuelta a la superficie se dice que inventó la escritura y la agricultura. Nadie baja al Hades en vano. Nosotros, confinados en casa y sintiendo que la enfermedad ronda las calles, la gente se hacina en los hospitales y las ambulancias chillan en el asfalto, tampoco sufriremos en vano. Si lo aceptamos, si lo asimilamos, volveremos a la superficie, como Orfeo, más sabios. También Odiseo y Parménides regresaron más sabios. Odiseo aprendió a volver, algo sumamente complicado para un viejo guerrero, después de veinte años de ausencia. Parménides aprendió que los hombres deben elegir en el fondo de su alma entre la vía de la verdad y la de la opinión, entre el conocimiento y la apariencia de conocimiento.

Pero la sabiduría adquirida en el desafío no tendrá nada que ver con lo que imaginamos y con lo que escuchamos a diario en las tertulias, los canales de *influencers* o de los que dictan opinión: una sociedad más justa, un sistema económico más fiable o una comunidad más solidaria. La sabiduría no tiene que ver con logros ni conquistas, y probablemente tampoco tenga que ver con mejoras o reparaciones. Tiene que ver con aceptar lo que somos sin condiciones. Nuestra mortalidad, precariedad, fragilidad, miedo, imperfección, cobardía, deseos insatisfechos... y también tiene que ver con aceptar que no pudimos ser los que quisimos, que tampoco pudimos tener lo que queríamos, que la trayectoria personal es un cúmulo de errores y de caminos torcidos y que, finalmente, tampoco podemos estar seguros de todo lo anterior. Tampoco de eso.

Es un hecho que vamos a transformarnos, que ya nos estamos transformando. Podemos intervenir en la dirección y el significado. Si aceptamos que estamos encerrados y lo que supone este encierro o si tozudamente nos quedamos esperando a que concluya y a que se reinicien los planes. Lo que sucede es que de este último modo nos irá poseyendo un sordo rencor contra nosotros mismos, contra los demás, contra la naturaleza, contra los acontecimientos, resultado de la falta de armonía de la conciencia con lo que la rodea.

Odiseo creyó que podía volver a Ítaca con el mismo repertorio de ardidés y destrezas que le habían hecho ganar la gloria frente a las murallas troyanas. Era un guerrero victorioso, un táctico experto, y además disponía de una buena caja de herramientas mentales para salir de los entuertos (*poliplanés*, lo llama Homero).



Creyó que con eso bastaría para gobernar una nave y hacerla navegar en la dirección adecuada, hacia el suroeste, unos cinco días. Al final, fueron diez años. La ida es un asunto y el regreso es otro. Así de simple. Por eso se nombran de distinta manera, por eso la meta, las habilidades y las esperanzas que se ponen en juego son también distintas.

Además, Odiseo se muestra incapaz de preguntarse qué es lo que le espera y, sobre todo, quién le espera. Después de veinte años, ¿quién es Penélope, quién Telémaco? Odiseo es alguien que va, que siempre va a alguna parte, que domina el arte de ir a los sitios. Pero del regreso lo ignora todo. Esa es la razón por la que Ítaca no cambia en su cabeza, porque está yendo, porque el tiempo no ha pasado. En realidad, para Odiseo nada ha pasado. La realidad está quieta, ensimismada, fiel a una idea. Lo que le separa de su isla y de sus seres queridos es un poco de tiempo y un poco de espacio. Ciertamente, ha habido un paréntesis, pero los paréntesis, como bien se sabe, son cosas de las que se puede prescindir sin que se pierda el sentido. Están aparte. ¿Aparte de qué? Aparte de los deseos, de la voluntad, de los vuelcos de la fortuna, de los otros. Aparte de mí mismo, centro y circunferencia de todo lo que existe.

De esa manera es como acaba ofendiendo a los dioses. Y no a cualesquiera, nada menos que a Helios y a Poseidón, a los emperadores del sol y de la mar, lo que para alguien que navega equivale a la naturaleza en su totalidad. Así es, Odiseo ofende a la naturaleza con su soberbia de hombre que cree saber lo que quiere, que no cesa, que persigue sus objetivos hasta el último aliento: «Oh, tiempo, no has de jactarte de hacerme

cambiar, pues yo he de permanecer invariable a despecho de ti y de tu segur».

Hasta que un buen día Circe se apiada de él y le indica el camino del Hades. Vete a morir un poquito, parece decirle, y quizá cuando vuelvas seas capaz de distinguir el camino. Que Odiseo deje de ser Odiseo, que Troya sea también las ascuas de una ruina en la memoria, que del viejo guerrero nazca el hombre que lleno de temores y de cicatrices vuelve al hogar, al regazo de su mujer, al abrazo de su hijo. Eso es lo que significa ese famoso canto XI, pues allí no recibe ni mapa ni orientación. Como mucho, le recomiendan que evite los peligros, aunque tampoco con demasiada insistencia. Al fin y al cabo, el verdadero peligro para Odiseo es Odiseo mismo. (*Odiseús*, en el que resuenan *hodós* —camino—, *oudeís* —nadie—, *odé* —canto—.)

Creo que el dueño del estanco de mi calle se llama Roberto, se lo he oído a otro hombre que habla con él por la noche, a través de la cancela, cuando hace rato que ya ha cerrado. No sé por qué hablan así, con celosía de por medio, como los amantes o los conspiradores. Da la impresión de que la vivienda del estanquero debe ser aneja al local y deduzco que sus niveles cotidianos de reclusión en situación normal deben de ser equiparables a los míos.

El caso es que todas las mañanas, antes de abrir el establecimiento, sale escoba en mano y barre la acera hasta el bordillo y las acacias. Me fijé en él los primeros días del confinamiento. La gente que limpia su trozo de acera me recuerda al pueblo de mi infancia, aunque allí barrían y remojaban un empedrado de guijarros. Creo que ya al final de la primera semana amplió su campo

de operaciones a la acera del restaurante de al lado, especializado en comidas caseras y que permanece cerrado desde el decreto. Más tarde, comenzó a barrer la cafetería del otro lado, que tiene una terraza con toldo y una plancha de césped artificial. Es probable que acabe extendiendo el territorio hasta la tienda de aparatos de musculación. Cerca de veinte metros de acera lineal a lo largo, seis a lo ancho.

No tarda mucho, pero se necesita cierta energía para que la tarea suponga un esfuerzo aceptable y él mismo no considere esa labor con extrañeza. ¿Por qué lo hace? Supongo que no quiere ver cómo se acumula la suciedad en las lindes del área del estanco, porque entonces ya no parecería tan limpio. La limpieza, como tantas cosas, necesita un poco de perspectiva. Si la mierda se acumula en el paisaje, un cuadrilátero despejado no significa nada. Aún peor, lo vuelve todo más sucio, pues hay con qué contrastarlo.

La segunda opción es que quiera comportarse como un buen vecino. Él tiene que hacer acto de presencia en su negocio y a los otros se les prohíbe. ¿Por qué no echarles una mano? ¿No lo harían ellos por él? Un día volverán y se sorprenderán al ver barrido su trozo de acera. Se lo agradecerán y aumentarán su consideración hacia él. No hay que menospreciar un ápice más de prestigio entre la vecindad, sobre todo cuando se regenta un negocio.

Y puede también que, a su modo —como el ejecutivo caminando por el carril bici a la suya—, esté representando para todos los que le observamos y desde luego para sí mismo el hecho de que ha habido cambios y de que esos cambios afectan, por ejemplo, a la respon-

sabilidad de la limpieza de las aceras. Pero eso no es todo, ni siquiera lo más importante.

Lo importante es que alguien tiene que encargarse de la ausencia. Alguien tiene que expresarla y darla a conocer, y nadie mejor que él, que está presente, que lo han dejado presente. Podría hacer como si no pasara nada y seguir a lo suyo, en la expendeduría, entre cajetillas de tabaco y papel de liar, mecheros y pipas. Al fin y al cabo, a él no le ha pasado nada y podría hacer como si no pasara nada. Como si esto fuera a acabarse pronto o de un día para otro. Restarle gravedad y dejar pasar las jornadas en silencio.

Y es entonces, al proclamar el estanquero —modesta y hasta inconscientemente— que él se encarga de la ausencia, de los que se han ido, de los negocios cerrados, de la limpieza de las aceras que se han quedado sin dueño, cuando la higiene y la buena vecindad adquieren su verdadera magnitud, pues quedan sometidas a las reglas del rito. Un rito que se realiza con una simple escoba. Los hay que se realizan con menos, porque lo que importa es otra cosa.

### *ritos y mitos*

¿Y qué es un rito? No es que queden muchos. Técnicamente, un rito es la actualización de un mito (*mýthos*, la palabra en acción), la actualización de un relato sagrado: la eucaristía es la actualización de una cena de hace dos mil años, en el que un mesías dijo que el vino era su sangre y el pan era su carne, y que le recordaran consagrando esa cena. Hay ritos amorosos,

de iniciación, de paso, todos con sus correspondientes mitos.

¿Y qué es un mito? Un mito es sencillamente un relato con una verdad inherente, aceptada, escurridiza, y a la que se llega por caminos distintos a los de la ciencia contemporánea. Es una de las formas que adopta la palabra para transmitirnos algo esencial y que cada uno debe desentrañar en el fondo de su corazón. No sirve la interpretación literal, ni la demostración, ni la falsación, ni las experiencias de prueba y error.

El mito despierta un sentimiento y en el fondo es una especie de música: cada cual la siente a su modo, permite variaciones, el acercamiento es individual. Lo que no varía es la verdad inmanente. Y lo que no varía tampoco es que todos lo compartimos. El mito es de todos y para todos. Por tanto, es de cada uno y para cada uno.

Ciertamente, para que el esfuerzo del estanquero de mi barrio remitiera a un mito, un mito relacionado con la metamorfosis, tendríamos que compartirlo los demás, su comunidad, una comunidad. No tenemos ese mito, no tenemos ese relato. Aunque tenemos a los griegos, que no hablaban de otra cosa. Toda la mitología griega podría sintetizarse en una verdad universal: que la naturaleza y la vida están hechas de cambios, que estamos vivos y conscientes porque cambiamos. Desde el viaje de los argonautas al de Odiseo, y de los amores de Zeus a los de Apolo, pasando por la creación de los hombres y el sinnúmero de seres intermedios que pueblan el cosmos, todo es mutación, todo está al borde de la discontinuidad, todo dice que este momento de paz aparente y de tranquilidad es una anomalía

en el curso de los acontecimientos que aguardan apellotonados contra las débiles compuertas del presente. Como el agua de Dios contra el firmamento.

Y para que lo que hace el estanquero del barrio fuese un rito, tendríamos que salir todos cada mañana a barrer nuestra acera. Tal vez cantando algún himno común o llevando cierto compás. El mito es compartido, pero los materiales del rito también. El sentir es libre, pero los objetos son sagrados.

Decíamos que la mitología sobre la metamorfosis escondía una lección y una metáfora. La metáfora es la insistencia no solo en que el mundo cambia, sino en que fue concebido para el cambio, en el cambio, desde el cambio. Universo: lo uno, lo diverso, todo en pugna, tensión entre lo opuesto, violencia significativa para hacerse con el imperio de lo real (del latín *universus*, conjunción de *unus* y *versus*, el uno en movimiento, diríase). Pensar y sentir son actos posibles porque las cosas están en movimiento, disputan, crean amenazas, se pervierten. Si no, seríamos seres durmientes, hipnagógicos, apenas capaces de diferenciar entre nosotros y lo exterior.

La lección implícita es que se puede aprender a cambiar. En realidad, que tenemos que aprender si queremos seguir vivos y si queremos vivir. Que se puede. Que si aspiras al vellocino de oro o sencillamente a volver a casa más vale que aprendas a cambiar. No es fácil ni difícil. Es aprender. Lo curioso es que aprender es también cambiar. Cuando aprendemos algo nos convertimos en otro, vemos las cosas de otra manera, nuestros juicios y nuestras inclinaciones mutan insensible o abruptamente. A menudo, nos trasladamos en

el espacio, elegimos a otras personas, nos pensamos de otro modo.

Si podemos aprender, podemos cambiar. Solo se necesita disposición. La disposición del héroe: desafiar la vida. Parece algo de valientes, pero en realidad solo es comportarse con arreglo a lo que hay. («Hay que pensar como un héroe para comportarse como una persona simplemente decente», escribió Andrew Marvell, poeta del siglo xvii. Yo podría decirlo de otro modo: para ser un héroe, basta con que pienses como una persona con dos dedos de frente.)

Sí, nuestra época es alérgica a la transformación, del mismo modo en que es alérgica a la muerte. No hay diferencias entre un antisistema y un tiburón de Wall Street: ambos tipos quieren ser ellos mismos, ambos aspiran a la autenticidad, el famoso concepto que puso en circulación el filósofo Charles Taylor. Ambos tipos se sienten secretamente inmortales. Lo peor que le puede suceder a un individuo que aspire a la consideración social es ser mudable, contradictorio, voluble. Los cambios de régimen de vida, por su lado, sientan muy mal. Divorcios, mudanzas, desprofesionalización, adaptación, suelen ser procesos penosos y que se sufren con escaso apoyo y comprensión. Una parte del estigma de la enfermedad también tiene relación con esos malos sentimientos respecto del cambio. La enfermedad altera el cuerpo y deja su huella, reordena los valores, hace planes, desvela errores.

Los occidentales del primer cuarto del siglo xxi quieren ser de una sola manera y con un solo carácter, de principio a fin de sus vidas (mientras se convencen de que no hay final para sus vidas: ¿no son los de-

seos esencialmente imperecederos?). Puede que ahí resida el motivo de que tengamos tan alto concepto de nuestras metas y logros: que mientras los perseguimos seguimos siendo los mismos. Y este es el verdadero objeto, volverse inalterable, no aquel al que perseguimos o decimos perseguir. Por eso, si nos hacemos ricos y famosos nunca estamos satisfechos, porque deseamos más riqueza y más fama, aunque no por la riqueza y la fama. Es para poder seguir siendo los que quieren riqueza y fama. Ser los de antes, los de siempre, los eternos.

Me cuesta estar atento a los medios informativos. Se han convertido en máquinas de negación del presente. Es verdad que dan cifras y se muestran terriblemente alarmados y que muchas veces parece un cortejo de plañideras sicilianas con pañuelos de Hermès. El negacionismo actual no tiene que ver con la enfermedad, sino con la vida que estamos viviendo, que a nadie importa. Como en el fondo tampoco importan las muertes, salvo para las víctimas y los deudos, y para el temor que infunden.

*el futuro, a escena*

Desde todos los ángulos de las pantallas y los tabloides surge una pregunta que con su solo efecto bien podría encender los aparatos a través de los que se propaga, a saber, qué sucederá cuando todo esto haya pasado. Es una pregunta, pero suena como una letanía entonada por *castrati*, voces virginales cuyo único placer consiste en escucharse a sí mismas.



Es la comunicación de moda, la cháchara *cool*, lo que llevaremos en verano con aroma a prenda. Hay series de televisión, secciones de opinión, magazines, revistas especializadas —aparte de millones de chats en la red— dedicados a inventar escenarios futuros y a disfrutar con nuestra completa ignorancia sobre el asunto. Antiguamente, un profeta ganaba más dinero adivinando el presente que poniendo a vagar su fantasía sobre el futuro. El presente es lo difícil. El futuro está al alcance de cualquiera con tiempo libre. Ignorándolo todo sobre el coronavirus —ni qué es, ni duración, ni extensión, ni posible curación—, nos hemos echado a planear el fin de la plaga, las consecuencias económicas, psicológicas y sociales, los inevitables cambios que sobrevendrán en hábitos y mentalidades, en escenarios políticos. Y nos escuchamos unos a otros con total devoción y total desconfianza. Es lo que nos gustaría saber, convencidos a la vez de que por ahora es lo que no puede saberse. El nuevo género no es necesariamente apolítico —también de moda—, sino que oscila entre el sermón y el diálogo de sordos. Habrá que buscarle un nombre.

El tipo de conocimiento que suministran tales planteamientos es el mismo que anuncia la tienda de tarot y ocultismo que hay en una calle paralela y que en letreros parpadeantes promete limpiezas espirituales y clases de chamanismo.

Es comprensible que la inquietud haga asomar la cuestión en la conciencia y en las conversaciones privadas, con propósitos catárticos. Es mejor soltarla que devanarla a solas. Al enunciar lo que nos da miedo lo representamos fuera de nosotros y comprobamos que es

compartido, lo que no solo alivia el peso de la carga, sino que facilita su asimilación. He aquí una invención de la tragedia, la purificación de las emociones por el método de representación, que trataremos enseguida.

También es comprensible que las empresas, que tienen que tomar decisiones sobre el trabajo de las personas y por tanto sobre sus vidas, pergeñen escenarios posibles y hagan cálculos sobre las opciones de supervivencia.

Pero solamente puede entenderse que los altavoces sociales capten grandes audiencias farfullando escenarios futuros por la dificultad creciente de la población en concentrarse sobre lo que ahora nos está pasando. Y esta dificultad toma dos vertientes: la capacidad para enfrentarse al cuadro presente de aislamiento, más el consiguiente trastorno en las relaciones con la propia soledad y con los otros; y la negación del peligro mortal que nos acecha.

La vida en reclusión requiere transformaciones y una reevaluación de lo que somos y hacemos. Es decir, exige el cambio profundo que la vida en sociedad rehúye por sistema y conscientemente. Rehuido, entre otras cosas, porque nos obliga a prestar una atención absoluta al presente, una vez desalojadas y rescindidas las metas con las que antes nos conducíamos por el tiempo.

Qué hacer conmigo y con los otros, qué hacer con mi soledad y la de los otros cuando los objetivos socialmente justificados han desaparecido del paisaje. La proyección, por fantásica que sea —y lo es a más no poder—, de un escenario futuro es una variante del sistema de horizonte que guiaba nuestra vista y nuestras acciones.